



POCETOS FEMENINOS

UNA NARANJA

EN casa del escultor X se realizaban frecuentemente reuniones interesantes.

Concurrían músicos, literatos, pintores y gentes de buen gusto amantes del arte. No escaseaban las señoras: esposas, hijas y hermanas de los concurrentes. Se conversaba, pues, se hacía música, se recitaban versos y se bailaba.

Un poco social, un poco intelectual, este ambiente no era bohemio, pero sí alegre y sin estiramientos.

Con frecuencia, terminada la reunión, los más íntimos se quedaban a cenar en el estudio, y estas cenas improvisadas, en que cada uno era, a la vez, invitante e invitado, constituían el punto más simpático y cordial de las reuniones.

A éstas solía concurrir una dama extranjera de gran fortuna: había viajado mucho y dominaba a perfección distintos idiomas. Muy música, y sagaz observadora, por otra parte, confesaba hallarse bien en ambientes donde el alma olvida un poco la obligación de soportar una armadura correcta.

La actitud de aquella mujer tenía intrigado al grupo que la recogía en su seno, sin conocerla, y lo que más interesaba a todos, era saber la historia de su corazón.

Se decía viuda, y el fuego dormido de sus ojos, atestiguaba, indudablemente, que aquella alma se quemó, alguna vez, en el sufrimiento o en el amor.

Pero su presente era enigmático: amiga de todos y de ninguno, seguía cualquier conversación hasta en sus más finos y hondos pliegues, con naturalidad; pedía confidencias, sin dadas, y se abandonaba a la alegría ruidosa del ambiente, sin perder su aplomo y su dominio.

Las jóvenes y señoras que concurrían a casa del escultor la toleraban por su fortuna y por su cultura, pero les era, evidentemente, poco simpática.

Cuando los ojos de ella se levantaban, alguna vez, hacia la jovencita que desde el otro extremo del salón la recorría con la mirada, de pies a cabeza, conocía muy bien que los ojos de aquella expresaban: "¿Quién eres tú, intrusa?"

Pero esto no parecía ofenderla. Al contrario; cuando la casualidad la ponía cerca de la mujercita que parecía temerla, no era extraño que la acariciara la cabeza preguntándole: "¿Tiene Vd. novio?" O bien le dirigiera un cumplido cualquiera, o le mirara con bondad comprensiva los ojos juveniles y esperanzados.

En una de aquellas reuniones alguien ofreció traer, como un número notable, a un muchacho de maravillosa voz.

Era argentino, hijo de chacareros, y su excepcional garganta, descubierta por casualidad, mientras el

dueño de un campo recorría los sembrados de su medianero, había sido disciplinada y educada por indicación de aquél.

En resumidas cuentas, que el muchacho se iba dentro de pocos días a Europa, pues no sólo su voz sino también su talento musical prometían un gran artista.

Y el muchacho fué traído a la reunión.

Un poco colorado, como quien ha vivido largos años al aire libre, de aspecto vulgar y traje pobre, pasó completamente inadvertido, y sólo se ocuparon de él cuando cantó: lo aplaudieron y fatigaron a repeticiones, porque realmente la voz era excepcional, pero, más de una vez, se quedó arrinconado en un apartado sillón, mirando, sin curiosidad, la gente y las cosas que lo rodeaban.

La extranjera, sin embargo, había sido impresionada por la extraordinaria dulzura de aquella voz, por el contraste entre su cara de niño ingenuo, buenote, sentimental, y su vigorosa estatura. Había observado bien que sus facciones toscas se cubrían como de un velo delicado cuando los músculos se pliegaban bajo la armonía de las notas. Se acompañaba él mismo, y era curioso el contraste entre sus dedos groseros y la finura de los sonidos que arrancaban.

Sin embargo, ninguna de las mujeres presentes le había dirigido la palabra, dicho una frase amable. Algunos cuchicheos, en voz baja, comentaron los milímetros de la suela de sus botines, hallándola grosera.

La extranjera se acercó a él y halló en los ojos del artista de 18 años, una expresión de angustia, de ingenuidad y de dulzura.

El se sorprendió grandemente de esta atención.

Invitado por ella para que los acompañara a cenar, le ofreció un sitio a su derecha.

Se comió alegremente, y mezclando un tema con otro el muchacho contó sus proyectos, las dificultades para realizar su viaje a Europa, los años que había perdido en la chacra de su padre, y mientras refería que grandes maestros habíanle dicho que su garganta era de las que nacen cada cien años, y que su rápido aprendizaje del piano denotaba genio, la extranjera observaba sus dedos ásperos y toscos, agarrotados casi sobre los cubiertos, y la timidez con que se llevaba el vaso a los labios o dejaba el tenedor sobre el plato de loza, temeroso de hacer ruido.

Se empezaba a comer la fruta y la extranjera había mondado su naranja de un modo original, con completa despreocupación de lo que hacía.

De pronto un fuerte "tac" de cuchillo que golpea contra un plato le hizo levantar los ojos: el artista guerreaba por mondar su naranja imitándola. La miró él y se puso colorado como un niño sorprendido en una picardía. Su turbación fué tal, que no se atrevió a continuar en su tarea y, evidentemente, nervioso y avergonzado, abandonó la fruta sin comerla.

El detalle no pasó inadvertido y a pesar de que se trataba de gente artista se cruzaron algunas miradas.

La extranjera dijo una frase cualquiera para atraer la atención sobre ella, pero no se le escapó que el joven había advertido su pequeño ridículo y le pareció ver sus ojos enturbiados.



Cuando horas más tarde los comensales se despedían en la puerta del estudio del escultor, la extranjera hizo subir a su automóvil al muchacho sin educación. Hubo algún asombro. Era la primera vez que se hacía acompañar. Entre los que quedaban se hicieron gestos discretísimos. Ella saludó como si no hubiera visto nada. El joven, que había obedecido hecho una máquina, apenas si tuvo tiempo de saber que le ocurría algo extraño.

Al llegar a su casa le dijo: "¿Quiere tener la bondad de subir conmigo? Lo invito a tomar una taza de te. Aun es temprano".

Ya instalados en una pequeña salita, de lujo suntuoso y refinado gusto, hizo que les sirvieran un pequeño lunch.

El muchacho, nervioso, decía que sí a todo, y estaba mudo de sorpresa y de inquietud. Tropezaba a cada frase y se turbaba por cualquier insignificancia. De vez en cuando dirigía una mirada de reojo hacia la extraña mujer y parecía preguntarle: "¿Qué quieres tú de mí?"

Pero los ojos, la sonrisa y las palabras de ella sólo denotaban una cordialidad perfecta y, por momentos, una velada ternura.

Sentados frente a frente, desplegó ella una exquisita táctica femenina y le ofreció de todo menos fruta. Se reía amablemente al decirle: "A medianoche, sola yo, acostumbro no tomar otra cosa que frutas y lo hago por prescripción médica. ¡Cuido tanto mi cutis!"

Y mientras así hablaba hincó el tenedor en una manzana. "¿A qué no me hace Vd. el favor de mondármela?"

—¿Yo?... Sí...

—¡Ah, pero yo tengo mis supersticiones! Soy capaz de no comer una fruta que no esté mondada según mis leyes.

Y bajo las miradas ansiosas del muchacho, que no comprendía nada, mondó una manzana y lo obligó a imitarla. Fué tan amable, tan delicada, tan política en la dirección de esta tarea, que él la llevó a término con gran felicidad.

A la manzana siguieron otras frutas, y charlando sobre el viaje de él, y aconsejándole normas para su vida en las grandes capitales europeas, se deslizó una larga media hora.

—¿Cuándo se va usted?—le preguntó al terminar su te.

—Pasado mañana; tengo ya todo listo, le contestó él mirándola de nuevo a los ojos, más intrigado a cada momento.

Ella sonrió entonces de un modo muy particular y pareció explicarle.

—¡Se parece Vd. mucho, le dijo, a un hermano mío tan querido! Tiene usted su misma sonrisa, sus mismos ojos. Acaso el deseo de que usted me lo siguiera recordando me ha movido a traerlo hoy a mi casa y a ofrecerle mi amistad y mi consejo. Sólo que él es más delgado que usted, porque está muy enfermo...

El respiró profundamente como con un suspiro de alivio...

—¿Muy enfermo? ¿Y cómo?...

—Tuberculosis...

—¡Ah!...

Hubo un momento de silencio un poco pesado.

—¿Quiere Vd. hacerme un favor?

—Lo que Vd. desee.

—Cante para mí y para Vd. lo que Vd. quiera. Allí hay músicas. Elija. Yo lo acompañaré en el piano.

Había tanta sinceridad en los ojos de la mujer, que el joven, tranquilizado por completo, se puso a buscar entre las piezas de música. Sólo entonces, aplacada un poco su nerviosidad, se dió cuenta de que la sala en que estaba era un ambiente tibio, velado, íntimo.

Cuando ella se puso al piano, admiró él la dulzura de la línea de su cabeza, y como poseído de una desconocida exaltación, y bajo el velo de un sueño que no se comprende, cantó a media voz, con una infinita placidez, mirando las manos pálidas de la extranjera que se movían sobre el teclado, las mismas notas que ella arrancaba.

Cuando terminó, la cabeza de la mujer, inclinada sobre su pecho, descubrió, a la mirada del hombre de 18 años, la fina blancura de la nuca...

Ella levantó los ojos hacia él, y tomándole una mano lo sentó a su lado; entonces, sin que él pudiera preverlo, le acarició lentamente la cabeza.

—¡Pobre niño, decía ella, pobre niño; tan lleno de sueños, de esperan-



UNA NARANJA

Continuación

zas; tan ingenuo, tan asombrado de todo, tan inconsciente de lo que vale! No puede Vd. ser mi hijo, pero es como si lo fuera. Sea bueno, sea altivo, aprenda a esperar, a vencer, a sufrir...

El, sin comprender nada, pero como adormecido por algo que no era humano, demasiado conmovido y



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

asombrado para abrigar un sentimiento vulgar, impresionado por la música, por los pequeños incidentes del día, por las perspectivas de su viaje, por la mano blanda de aquella desconocida que parecía amarlo, con olvido absoluto de su envoltura corpórea, besó silenciosamente la mano que lo acariciaba y lloró sobre ella.

Y eso fué todo lo que pasó entre la extranjera y el joven artista en un momento de piedad humana, nacido porque sí.

Los amigos de la extranjera se perdieron en conjeturas sobre su actitud, y aunque algunos la sabían demasiado inteligente para abandonarse a un capricho vulgar, ni al más agudo se le ocurrió sospechar que se hubiera expuesto a comentarlos de mal gusto por la ocurrencia de enseñar a mondar frutas, a medianoche, a un pobre muchacho mal vestido y ridiculizado, que tenía, sin embargo, una de las caprichosas llaves de Dios en su maravillosa garganta.

Y es que ciertos delicados matices de la piedad femenina no suelen ser sospechados ni por el espíritu más claro, ni previstos por la imaginación más brillante.

Alfonsina Storni.



HUELLAS FEMINISTAS